



INTRODUCCIÓN

FEDERICA MONTSENY Y EL ANARQUISMO PRÁCTICO

Pedro García Guirao¹

Hace cierto tiempo que el nombre de Federica Montseny dejó de ocupar un lugar prestigioso en las investigaciones académicas de nuestro país, sin embargo, la de Montseny es una obra (oral y escrita) de merecido análisis. Algunos pocos la recordaron en febrero de 2005 por el centenario de su nacimiento. Otros, como la fundación que lleva su nombre, están encargados de recoger todo aquello que la anarquista fue produciendo durante su larga vida: escritos, cartas, encuentros, conferencias grabadas, fotos y otra infinidad de materiales, sirven para hacernos una idea de la peculiaridad de esta mujer luchadora. Decimos mujer luchadora aunque, en realidad, muchos son los calificativos empleados para describirla: mujer, madre, anarquista, revolucionaria, ministra... ¿Cuál es el adjetivo más representativo para definirla? El adjetivo más esclarecedor es el de *militante*. Así al menos nos lo confiesa ella misma en sus memorias: «No caben más que dos actitudes en la vida: o resignarse o no ser más que un elemento pasivo, o aceptar todas las consecuencias de una actividad que ha sido peligrosa en cualquier tiempo. Por mi parte, mi selección está hecha»².

Esa militancia hizo que Federica Montseny, miembro de la CNT, aceptara incluso la cartera ministerial de Sanidad del Gobierno de la República Española (1936-1937). Aun sabiendo que uno de los principios esenciales del anarquismo afirma que «el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente», ella consideró positivo ese intervencionismo en la vida política profesional de la época. Dentro de la aparente contrariedad, pronunció el 3 de enero de 1937 una conferencia en el Cine Coliseum de Barcelona. La conferencia llevaba por título: «El anarquismo militante y la realidad Española». Conociendo que el 17 de julio de 1936 habían quedado sublevadas las guarniciones españolas de África y que el 1 de octubre Franco fue nombrado jefe de Estado de la zona nacional con el reconocimiento como tal de

1 pegagues@hotmail.com

2 F. MONTSENY, *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987, p.237.



Alemania e Italia, el contenido del discurso no puede dejar de lanzar, en primer lugar, una llamada de alerta contra el incipiente crecimiento del fascismo y del imperialismo particularmente en España pero también en el resto del mundo y, en segundo lugar, una invitación a la creación de un foco de unidad contra ese inmenso enemigo común fascista. El desenlace del conflicto, como todo sabemos, se produjo por la falta de unidad que tanto preocupó a Montseny. Pero veamos más detenidamente, paso a paso, la crítica, el análisis y la teoría visionaria de la primera mujer de Europa que alcanzó una cartera ministerial.

Como se ha dicho hace un instante, Montseny destacó dentro del anarquismo español por pertenecer a una sección sindicalista que confió, dentro de una infinidad de precauciones, en una solución política para el problema de España. Frente a los puristas de *la idea anarquista*³, esta mujer defendió un anarquismo práctico capaz de resolver problemas eficazmente sin caer en un inmovilismo teórico, muy interesante desde el punto de vista filosófico pero poco eficaz en el campo de la realidad. Firme heredera de las ideas de su maestro Pi y Margall, propugnó una manera diferente de entender la política. Vivir la política significa convertirse en crítico de ella, significa unir teoría y *praxis* en un ejercicio revolucionario⁴. Por lo tanto, la intervención en la vida política y en la guerra pretendió precisamente no frenar el proceso revolucionario que el pueblo, cansado de reaccionarios y de conservadores reformistas, había puesto en marcha a través de una espontaneidad y fuerza inusitada. En líneas generales, la historia política de España, nos dice Montseny, ha acabado inclinándose hacia la reacción incluso en aquellos días en los que se iniciaron supuestamente levantamientos revolucionarios. En esta ocasión, no se quería repetir la historia: «Una democracia tímida, un socialismo reformista, un acomodamiento a una nueva situación creada, hubiera ido demorando continuamente el proceso revolucionario de las multitudes» (*AMRE*, p.2). De este modo, contra el *Espíritu de Dictadura*, como Montseny lo llama, que no es otra cosa que el avance del fascismo y del imperialismo en España y en el mundo entero, contra el enemigo homogéneo y su fuerza unitaria, el anarquismo intentó ayer, hoy y siempre, diluir semejante *espíritu* o, siempre que fue posible, reducir su autoridad y poder al mínimo. Con ello, la ministra anarquista tomará prestada la crítica a la autoridad que formuló el libertario Tarrida

3 Pese a lo dicho, la autora advierte lo siguiente: «Los ideales son los mismos, pero a veces, uno no tiene más remedio que rectificar incluso la opinión que les merecen los hechos, que si previnieron, no fue en el sentido con que habían de ser previstos ahora, porque nadie podía saber que haríamos la Revolución a la vez que hacíamos una guerra», en F. MONTSENY, *El anarquismo militante y la realidad española*, Barcelona, CNT-FAI, 1937, p.7. A partir de aquí citaremos esta obra como *AMRE*, seguida de la página correspondiente.

4 «Vivir la política no significa necesariamente militar en un partido», dirá A. JUTGLAR en la *Introducción* a F. PI Y MARGALL, *La reacción y la revolución*, Barcelona, Anthropos, p.9.



del Mármol: «La autoridad es algo de lo que vamos restando constantemente cantidades, y de la cual queda siempre un residuo que hemos de tender a hacer cada día más pequeño» (*AMRE*, p.3). Aquí los análisis de la autora se sumergen de nuevo en la teoría pimargalliana. El catalán ya advertía en 1854 que para que hubiera menos poder había que dividirlo siguiendo una serie de pautas: descentralizándolo, acabando con la religión y con las armas, emprendiendo una profunda transformación económica, llegando a una república federativa y, por último, universalizando el voto⁵. Dividiéndolo, fragmentándolo, el poder máximo, esto es, el fascismo, se adelgaza hasta casi desaparecer.

Desde una línea radicalmente conciliadora, se exige en este breve panfleto la unión entre comunistas, socialistas, republicanos y, por supuesto, anarquistas: «contra el poder de no importa quién, nos unimos todos» (*AMRE*, p.9). Es, curiosamente, en esta solidaridad antifascista en la que la autora dice ver algo peculiar, propio y exclusivo del pueblo español. Ningún otro ha actuado como él, se nos dice en estas páginas. *La naturaleza española*⁶ puede rastrearse a través de un claro hilo conductor histórico que se remonta hasta las germanías e incluso más allá. El hilo conductor común es la lucha contra la centralización y unificación del poder, poniendo límite al crecimiento de las diferentes aristocracias y demás clases parasitarias. Históricamente, también es posible detectar cómo la centralización del poder se había hecho coincidir con la centralización geográfica del país: Madrid. Utilizando una metáfora organicista, Federica Montseny no critica ni los pies ni los brazos del raquítico y fantasmal cuerpo español sino su *cabeza monstruosa*: «Hasta hoy España había sido un país con una cabeza enorme, monstruosa, con una cabeza sin cuerpo, que era Madrid» (*AMRE*, p.11). Como un pulpo monstruoso, Madrid extendía sus tentáculos por todo el país, alimentándose desproporcionadamente de la riqueza económica y cultural de cada región. Contra este dios tirano, contra el monoteísmo omnipotente madrileño se erige el *ethos español ácrata*, movido por el politeísmo, esto es, por una actitud que no quiere un dios sino muchos

5 Veáse F. PI Y MARGALL, *La reacción y la revolución*, Barcelona, Anthropos, p.258.

6 Algunos libertarios se empeñan en hablar del *carácter exclusivo del anarquismo español*, es decir, intentan hablar del anarquismo español como algo único en sus formulaciones y procedimientos, sin embargo, es absurdo, hasta cierto punto, hablar de él sin tener en cuenta el constante diálogo que tuvo con el resto del anarquismo europeo. Recuérdense, entre otras, las traducciones de Proudhon que realizó Pi y Margall. Por ello, cuando por ejemplo F. MIRÓ en, *El anarquismo, los estudiantes y la revolución*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1969, p.121, habla de que las «características principales del anarquismo español [son]: agresividad, mística, inadaptabilidad, espíritu de sacrificio y fanatismo; pasión redentora, abnegada, intransigente, que impulsaba el brazo del odio a la acción justiciera», parece estar olvidándose que esa forma de anarquismo se aleja muy poco de los grandes teorías europeas de dicho movimiento. Es cierto que ni los problemas ni las condiciones de vida eran las mismas en cada país, ahora bien, de ahí no se puede deducir el aislamiento o el exotismo de las ideas que movían a la historia. Esto es así porque, en este contexto, todo exotismo conduce de lleno a ensalzar la mitología nacional.



dioses, no quiere un poder centralizado sino muchos poderes divididos y, en definitiva, un *ethos* que pide a gritos autonomía y federalismo. Es exactamente este punto el que es o, mejor dicho, debería haber sido compartido por todas las ideologías antifascistas anteriormente citadas: «El federalismo, la concepción del federalismo como una nueva interpretación política de España. Es algo que no puede asustar a nadie, es algo con lo cual todos los españoles hemos de estar de acuerdo y con lo que todos, como espíritus liberales del país en que viven, deben estar conformes» (*AMRE*, p.10).

El marasmo de ideologías y de partidos políticos antifascistas debía dirigirse, en opinión de Montseny, hacia la creación de una *Federación Ibérica de Repúblicas Socialistas* que consiguiera, al igual que proponía Pi y Margall⁷, armonizar las diferencias históricas, económicas, políticas y culturales existentes en España. Dos elementos centrales podemos extraer de esta teoría federalista. El primero, la defensa de un federalismo político puesto que: «Políticamente, el federalismo nos dará la estructura mediante la cual la región podrá organizar su vida, de acuerdo con la mayor o menor parte de fuerzas que regionalmente tenga» (*AMRE*, p.14). Y, el segundo, la imposición de la unidad económica de España. Ahora bien, esto último poco o nada tiene que ver con el centralismo sino más bien con la defensa de que toda la economía recaiga en la clase trabajadora. Una revolución cuya esfera económica estuviera en manos de la burguesía estaría condenada desde sus inicios a morir asfixiada. En la lucha contra el criminal capitalismo, se nos dice en el discurso, paradójicamente hay que adueñarse de la economía creando solidariamente una unidad proletaria niveladora de la riqueza, porque no es lo mismo ser trabajador en Cataluña que serlo en Extremadura, por ejemplo. Pero, ante todo, lo que prima es la máxima responsabilidad colectiva del pueblo español ya que se sabía que el caso español era: «El ejemplo de un país que ha sacrificado la unidad sagrada, que se opone a la mentalidad del capitalismo, que lucha contra algo inevitable y que la Revolución española dará el ejemplo a los revolucionarios de todo el mundo» (*AMRE*, p.16).

Tras estas palabras, es evidente que Federica Montseny, sin caer en el mesianismo del que tanto se dice ser compañero inseparable del anarquismo, erró en algunas de sus

7 Este autor había elaborado principalmente sus tesis sobre la idea federal en la obra *Las nacionalidades* (1877), aunque en *La reacción y la revolución* (1854) queda esbozada una primera formulación de esa idea bajo la forma de una revolución federativa capaz de respetar *lo común dentro de lo diferente, la unidad dentro de la variedad*. La revolución, dirá el catalán en su obra de 1854, «ama la unidad y hasta aspira a ver realizada la de la gran familia humana; mas quiere la unidad en la variedad, rechaza esa uniformidad absurda, por la que tanto claman los que hoy piden la abolición de los fueros vascongados. ¿Por qué? [Porque] La unidad en la variedad es la ley del mundo», p.257.



predicciones a causa de la cruenta guerra civil. Mas, ¿qué puede ser rescatado de su pensamiento? Puede ser salvada la vigencia de su crítica y el acierto visible de su teoría federalista que parece ponerse en marcha en nuestro días. También puede salvarse algo más importante, su testimonio: «Muchos fueron sepultados, destruidos, por esa erupción bélica sin precedentes. Otros hemos sobrevivido, a costa de sufrimientos, arrojando y venciendo peligros apenas imaginables. Que nuestro testimonio sirva -ésta es nuestra esperanza- para que todo ese horror, esa ignominia, no se repitan jamás, que no deban vivirlas otras mujeres y otros hombres nunca más»⁸.

Praga, otoño de 2006

8 F. MONTSENY, *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987, p.253.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

B.

Bakunin, Mijail, p.10

F.

Franco Bahamonde, Francisco, p.13

M.

Marx, Carl, p.10

Montseny, Federica, p.1

Mola Vidal, Emilio, p.13

P.

Pi y Margall, Francisco, p.9,10

R.

Roosevelt, Theodore, p.14

T.

Tarrida del Mármol, Fernando, p.3

DESCRIPTORES FRECUENTES

Anarquismo, revolución, guerra civil española, federalismo

[Fuente Original: Federica Montseny, *El anarquismo militante y la realidad española*,
Barcelona, CNT-FAI, 1937, 16 páginas]